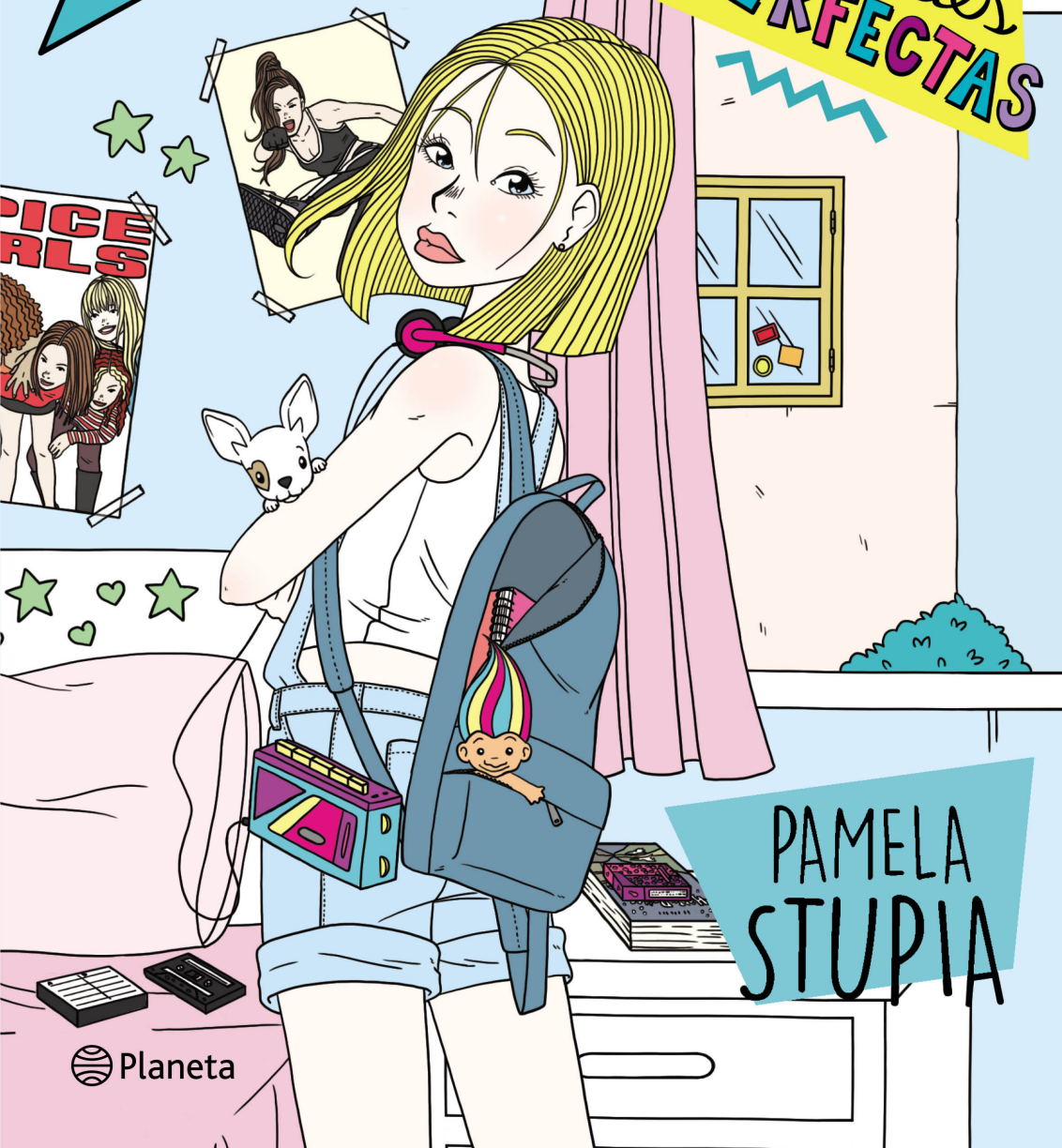


STARLIE

amistades
IMPERFECTAS



PAMELA
STUPIA



STARLIE



amistades
IMPERFECTAS

PAMELA
STUPIA



CAPÍTULO 1

VERANO DEL 98



Torn
Natalie Imbruglia



Nunca fui fan de la caótica costumbre de mis padres de viajar a mi antigua ciudad (y país) todo el verano y condenarme a vivir prácticamente en invierno los 365 días del año, sin embargo, hace tiempo que me resigné a cambiarla, e incluso, llegué a pensar que ni el hecho de estar cerca de mis 18 años va a salvarme de aquella bendita tradición.

Lo peor del caso es que cada año es lo mismo: partimos hacia Durham, Carolina del Norte, el primer fin de semana luego de finalizadas las clases en mi escuela, para volver a Buenos Aires exactamente el fin de semana anterior al comienzo de las clases. Insoportable e innecesario, aunque esta fue la primera vez que sentí que era la mejor opción.

Cuando suena la alarma, no sé dónde me encuentro. Tengo que fregarme los ojos un rato hasta entender que estoy en mi cuarto, en mi adorada cama y en mi amada ciudad de Buenos Aires. Tomo asiento y mientras mis

delgadas piernas cuelgan de la cama, pienso un instante, no tengo idea cómo enfrentaré ese día, esa mañana, o el durísimo hecho de volver a verla.

Camino unos pasos hacia la ventana y abro las cortinas. Lo que más me gusta de mi barrio es que siempre está desolado. Al igual que mi antiguo barrio en Carolina del Norte, en el que viví hasta los 10 años, este tiene casas perfectamente alineadas una al lado de la otra, con jardines delanteros que van variando en base al esmero de cada vecino (o su jardinero). Y ahí está: ese cartel de “se vende” en su casa, la que está enfrente y que veo a la perfección desde mi ventana, me genera un huracán en el estómago. Todavía no me acostumbré a lo que es vivir con aquella casa vacía.

En cuarenta minutos debo estar en la escuela y no preparé absolutamente nada, así que una vez que logro despertarme por completo, tomo mi mochila de *jean* gastado y guardo unos cuadernos sin usar que sobraron del año pasado. Odio usar carpetas, así que ya es un clásico que las primeras semanas de clase cometa esa estúpida rebeldía de usar cuadernos con la excusa de que “recién llegué al país y no tuve tiempo de pasar por la librería”.

Antes de cerrar mi mochila, guardo mis “elementos esenciales”, así los llamo, porque nunca los dejo en casa. Ni siquiera cuando voy a algún lugar cercano me falta alguno de ellos: mi *walkman*, que es una lluvia de colores rosa, violeta y turquesa; mis dos casetes de las Spice Girls, una banda de chicas que me encanta; mi gran hallazgo de las vacaciones: el libro *Harry Potter y la piedra filosofal*; Nerds de frutilla y uva; y Ralph, mi *troll* de la suerte que llevo a todos lados desde los 8 años, cuando me despedí de una vida que ya parece olvidada.



Como todos los años, es un *shock* ponerme el uniforme, pareciera que cada verano uno se transforma, así que siempre es un misterio saber cómo vas a lucirlo el año siguiente. Abotono la camisa blanca y calzo sobre mi cintura la pollera tableada con la odiosa combinación de azul, verde y rojo. Era obvio que iba a quedarme más grande que el año anterior, apenas probé bocado en los últimos dos meses. Podría decirse que viví a base de Nerds y Pepsi *light*.

Me ajusto la corbata y rebusco en el cajón de mi siempre desordenado placar para encontrar las medias azules. No tengo ganas de ponerme zapatos, algo que sucede todo el año y todos los años, así que opto por otra de mis nuevas adquisiciones: las zapatillas Adidas Falcon que descubrí que eran lo más *trendy* no bien pisé Durham dos meses atrás. “Quedan bien”, sonrío frente al espejo y me sorprendo. Hacía bastante que no sonreía y el solo hecho de recordarlo, ensombrece mi rostro. Respiro hondo, no sé cómo voy a enfrentar esa mañana escolar.

No bien llegué a Durham, cuando me fui sin despedirla, me corté el pelo unos centímetros por arriba de los hombros. Lo sigo teniendo tan rubio y lacio como siempre, pero ahora, luce más brillante, como si cortarlo hubiese hecho algún tipo de magia. Mis ojos turquesas siguen tan apagados como las últimas semanas y mis labios anchos pareciera que olvidaron lo que era sonreír a diario. Estoy más flaca de lo normal y eso me preocupa. No tengo ganas de que nadie comente nada extraño, ya sé cómo son mis compañeros, aunque me siento mejor respecto al hecho de haber hablado con algunos de ellos en la fiesta de egresados de fin de año.

Siento que pueden ser la excusa perfecta para evitar a Zoe lo máximo posible.

Está decidido: no quiero hablar, porque no tengo ganas de enfrentarla. Me conozco y sé que no existe la posibilidad de que le diga lo que pienso, por lo tanto, el plan será evitar que lo pregunte. Me preocupa cómo puedo reaccionar, todavía siento lo mismo... como si el paso de los meses no hubiese cambiado nada.

Me siento en el piso de mi habitación, frente al espejo, y vuelco el contenido de mi neceser de viaje sobre la alfombra rosa. Amo el rosa sobre todas las cosas y mi cuarto es un claro ejemplo de ello. El cubrecama, las sillas y un pequeño sillón cerca del placar son de color rosa, mientras que los muebles y los almohadones son blancos. Me fascina esa combinación.

Estoy perdida, con *jet lag* y más dormida de lo deseado, pero sé que estoy llegando tarde al primer día de clase, así que tomo un *gloss* y aplico un poco en mis labios, no me gusta pintarlos demasiado porque me da vergüenza cuando me dicen que son anchos, aunque el resto de las personas lo consideren un halago. Sé que no puedo ir maquillada al colegio, pero hay tantas cosas que sé y no me importan, que pinto mis pestañas con una máscara de color azul, para finalizar aplicando solo un poco de rubor en mis mejillas.

Bajo las escaleras, miro la hora en mi reloj pulsera y ya es un hecho, como siempre, estoy llegando tarde a clases. Bebo algunos sorbos del café con leche que, después de pasar tres meses en Estados Unidos, siento más rico que nunca. Es que, aún hoy, el café de allí me sigue resultando horrible.



—¿Cómo vas a ir a la escuela, Starlie? —pregunta mi mamá, y si ya estaba de malhumor, lo potencia.

—Caminando, como todos los años —respondo mientras tomo otro sorbo de café.

—Eso ya lo sé, hija. —Revolea los ojos, mientras mi papá ojea el diario—. Me refiero a si vas a ir sola.

—Y sí, ¿con quién voy a ir? —respondo bruscamente y veo cómo mi papá levanta la vista.

—Todos los años estás de malhumor el primer día de clases, pero lo de hoy es intenso. —Sonríe y me contagia.

—Sí, voy a ir sola, ma —resoplo mientras le doy un beso.

—Perdón, Star. —Se preocupa—. Sé que debe ser difícil empezar el año sin Santi... —La interrumpo.

—Mamá, no busques problemas donde no los hay, que Santiago ya no esté no significa que mi vida sea menos interesante.

—¡Esa es la actitud! —dice mi papá mientras se pone de pie—. Yo voy a intentar que mi vida sea interesante también y me voy a ir a trabajar —dice irónicamente y apunta con la cabeza en un gesto hacia la puerta—. Después de usted, señorita.

Me pongo los auriculares y ajusto al máximo el volumen de mi *walkman* mientras emprendo el recorrido de siete cuadras que separa mi casa de la escuela. Además de los casetes de las Spice Girls que tengo en la mochila, dentro del *walkman* llevo uno que armé yo misma grabando canciones de la radio. Suena *Torn*, de Natalie Imbruglia, una de mis favoritas del momento, no sé si por la intensidad de la voz de la cantante, por la pasión de los acordes o por el hecho de que como dice la canción,

yo también estoy “desgarrada”. La canto, un poco hacia mi interior y otro poco hacia afuera, porque como también dice la canción, esa mañana experimento la sensación de que nada está bien, que estoy desgarrada y que perdí la fe. Siento las palabras como propias, cuando la canción remarca lo fría y avergonzada que me siento y percibo que mis ojos se empañan al pensar que como dice Natalie Imbruglia: “La ilusión nunca se convirtió en algo real”.

Y recuerdo claramente que aquellos pasos que estoy dando, solía darlos a la par de él. Me duele, todavía siento que desde que se fue, yo no viví, porque estuve en mi estúpida rutina de vacaciones. Ahora, Zoe y yo estamos perdidas, desgarradas como aquella canción y, en mis planes, no va a haber tregua.

“Gracias a Dios llegué tarde”, pienso no bien llego a la puerta de la escuela. El ingreso está desolado, una clara señal de que el timbre sonó y todos los alumnos ya se encuentran en clase. No es que me guste llegar tarde, pero solía ser una costumbre porque con Santi muchas veces nos entreteníamos en el camino, o nos desviábamos del recorrido más directo para tener más tiempo para hablar.

Me enoja cuando me doy cuenta de que estoy pensando en él, esa no es la mejor manera de superar el hecho de que ya no esté. Me agarro la cabeza y respiro hondo, esa burbuja en la que estuve presa durante las vacaciones se acaba de romper. Tengo que enfrentar un último año escolar con ganas de irme hacia cualquier lugar, menos a esa escuela.



Doy los pasos que me separan del aula y cuando llego a la puerta, un intenso dolor en la boca del estómago me toma por sorpresa. Tengo que calmarme. Me digo a mí misma que todo va a estar bien e ingreso al salón.

El hecho de llegar tarde tiene sus pros y sus contras. Lo bueno es que puedo utilizar la excusa para no saludar a Zoe. Lo malo es que termino llamando la atención de todos, incluso de ella, a la que veo sentada exactamente donde debía estar.

No lo había pensado, porque no había dejado de reproducir en mi mente lo que había sucedido a fin de año, pero era obvio que iba a ocurrir: Zoe está sentada en el anteúltimo banco de la fila de la ventana, donde nos sentamos desde que nos conocimos a los 10 años. “¿Qué voy a hacer?”, pienso en las pocas milésimas de segundos que tengo mientras camino desde la puerta hacia aquel banco vacío, a su lado. No quiero sentarme con ella. Me niego. No hay posibilidad de que me sienta con mi mejor amiga, es raro, lo sé, pero no está en mis planes.

—¡Bienvenida a la Argentina! —exclama con entusiasmo Frida, una de las chicas más populares de la clase y de las más deseadas por los chicos—. Vení, sentate con nosotros así no llorás por tu mejor amigo perdido.

Permanezco en silencio, no sé cuánto tiempo, pero pienso demasiado. Nunca fui amiga de Frida, porque es de las típicas chicas que se juntan solo con las que son populares o las que tienen algo para aportar a su vida. Sin embargo, nunca fue mala conmigo.

No entiendo por qué me está invitando a sentarme a su lado, y exactamente delante de Luca y Juampi, los chicos más lindos de la clase.

—Acá podés encontrar otro mejor amigo —dice Luca palmeando la espalda de Juampi y guiña un ojo—. Y si buscás algo más que un amigo, yo me ofrezco.

Lo miro con una sonrisa débil y ya espero que la profesora me ponga la primera amonestación del año.

—OK, Luca, te aviso si necesito un amigo con derechos en algún momento. —No sé a quién quiero engañar haciéndome la osada, pienso, mientras escucho el murmullo de mis compañeros.

—Si necesitás una prueba de calidad, no tengo problema —dice Luca, y Juampi lo interrumpe.

—Satisfacción garantizada o le devolvemos su dinero.

A esa altura, ya habían pasado unos minutos; y la profesora observa la lista como si fuese la primera vez que tiene uno de esos cuadernillos en sus manos. Yo sigo pensando cómo hacer para no mirar a Zoe, mientras Luca, que está más lindo que nunca, no me saca los ojos de encima. Y no entiendo por qué, siento que la camisa me queda enorme y la pollera me baila en la cintura. Sin embargo, por un instante, me siento bien.

En ese momento, recuerdo que Lula, la mejor amiga de Frida, dejó la escuela y rápidamente entiendo su oferta. No es que no tuviera miles de chicas deseando ser su nueva mejor amiga, simplemente, es que quiere que yo lo sea. ¿Yo?, ¿por qué?, ¿se supone que esto es algo bueno?

Titubeo y pienso que ese banco es el más deseado por el resto de las chicas, y si bien lo último que me importa es ser popular, quiero evitar a Zoe como sea. Doy unos pasos, con mil preguntas retumbando en mi cabeza, y me siento junto a Frida, que me da un beso con entusiasmo y luego se da vuelta para hablar con los chicos.

Cuelgo mi mochila en el respaldo de mi banco y miro a Zoe de reajo. Me está mirando y, en ese momento, toma su mochila y la apoya en el banco vacío que se encuentra a su lado. En MI banco, que por suerte ya no va a ser mío.

